

## BLOC DE NOTAS

# Conversaciones con el padre

**Ricardo Dudda** trenza los recuerdos de su progenitor alemán con la historia más reciente de Europa, en un reflexivo libro que trasciende a la memoria familiar

Luis M. Alonso

La indagación familiar ocupa un lugar destacado en la literatura autobiográfica actual. No estoy hablando de la existencia como una breve rendija de luz entre dos eternidades de tinieblas, que escribió Nabokov. Me refiero a esa tendencia extendida de rebuscar en los documentos y detenerse en las fotografías de los parientes judíos o nazis, o en las turbulencias que sacudieron el pasado de cualquier ser querido en los peores momentos de la historia más reciente. **Ricardo Dudda** (Madrid, 1992) es lo suficientemente joven para poder apoyarse en el testimonio de un padre prusiano emigrante para seguir respondiendo a las preguntas que le han asaltado sobre sus orígenes desde el día en que, siendo adolescente, escribió un trabajo de bachillerato. De la investigación madurada surge «Mi padre alemán», una reconstrucción familiar fruto de las largas conversaciones mantenidas con su progenitor, un publicitario que supo hacer de su azarosa travesía desde la posguerra un producto atractivo y digno de ser contado. «Nos llevamos cincuenta y dos años. En su larga vida ha sido muchas más cosas que mi padre. Es padre de otros. Fue marido de una mujer que no es mi madre. Amante de mujeres que ya olvidó y que lo olvidaron, a las que abandonó o que le abandonaron. Hijo de unos padres a los que nunca conocí. Refugiado de un país que ya no existe», cuenta el autor en el prometedor arranque del libro.

Toda investigación consiste en atar cabos. Eso es lo que ha hecho con un empeño gratificante Ricardo Dudda: rastrear documentación, examinar viejas instantáneas familiares y seguir la pista allá donde conducen en la Prusia Oriental, el viejo reino de hierro desaparecido, finalmente disuelto en 1947 por los aliados. Pero el eje verte-

brador del buen pulso narrativo de Dudda es, indudablemente, las conversaciones grabadas con su padre, Gernot, en El Hoyo, la casa junto a la playa, en Cabezo de Torres (Murcia), el lugar donde este último vive desde hace ya años. Las historias que van surgiendo se entrelazan con el ensayo y la reflexión oportuna. El pasado y el presente revolotean de manera más ordenada que caprichosa entre las confesiones del padre, ciertas lagunas de la memoria y un compromiso con la verdad que empuja al autor a descartar las piezas del puzzle que pueden confundirnos. Lo mismo sucede cuando las viejas fotografías cobran vida desempolvando a los actores de las historias. La propia escritura inspira confianza al lector, el estilo es sobrio y en ocasiones humorístico, como en los momentos en que Dudda admite indefensión cuando se trata de expresarse en la lengua paterna, que desconoce pese a haber aprendido desde el primer suspiro a decir chupo en alemán.

Finalista del II Premio de No Ficción que convoca Libros del Asteroide, «Mi padre alemán» es la clase de lectura que puede enganchar a cualquiera interesado en el memorialismo y la historia, dos corrientes que fluyen hasta encontrarse en sus páginas. Se trata, claro está, de una obra autobiográfica y personal. La introspección no impide, sin embargo, que el interés sobre lo que se está contando decaiga. El autor consigue que ese hombre singular, que es su padre, el único alemán trombonista y rociero, que ha hecho en los mismos años del siglo pasado en España el camino a la inversa de los emigrantes españoles en Alemania, atraiga el interés, no solo por su vida sino por el flujo narrativo que arrastra, que no es otro que el de la propia historia. La de la posguerra europea y otras historias anteriores, entre ellas la del abuelo, que **Gernot Dudda** le transmite por herencia familiar de los antepasados. En muchas se refleja el sufrimiento de las víctimas a causa del horror de la Segunda Guerra Mundial.

El relato bien trenzado pende, además, de una atmósfera que contribuye a escenificarlo de la mejor manera posible: el mar cercano, el tiempo detenido en la decoración de la casa de El Hoyo, el canto de los mirlos, el ritual de la bendición con las ramas mojadas de olivo, o la propia Pascua empapada en aguardiente. Un aire al que se suma, ya que no queda mucho tiempo, el hijo tardío que cree que es el momento de escuchar lo que el padre alemán tiene que contarle y empezó a sentir como un recuerdo lejano cuando no era más que un adolescente.



## Mi padre alemán

Ricardo Dudda

Libros del Asteroide  
216 páginas, 18,95 euros

## TINTA FRESCA

# Los gritos del silencio

**Eva Monzón** se mete en «Tras la realidad» en las vidas de los seres más vulnerables: los hijos

Tino Pertierra

«Tras la realidad» narra dos días en la vida de un niño que va contando, a su modo, lo que vive. Lo explica su autora, **Eva Monzón**: «Lo que el pequeño deja entrever, mientras narra, es inquietante, sobre todo, porque lo cuenta desde la ingenuidad, sin entenderlo del todo. La narración se alterna con la voz de su madre de acogida que nos muestra el otro lado, el adulto, el que sabe lo que ocurrió. Los dos protagonistas, cada uno inmerso en su propia realidad, van pautando lo que sucede, lo que sucedió. Lo que pasará. Lo ocurrido se va entresacando de sus rutinas, sus pensamientos, sus vidas unidas por una realidad común, a pesar de estar alejadas por los distintos enfoques y edades. Nos cuentan lo que rompió sus mundos para reordenarlos de nuevo». Y en eso están: «Sabremos qué fue lo que les trastocó la vida, cómo se gestó, al juntar los distintos elementos del drama que nos irán dando. Tanto el niño como la mujer están inmersos en el presente, en esos dos días decisivos, donde ella tiene que darle la vuelta a la realidad, ir tras ella, para poner las cosas en su sitio, dejar de estar a destiempo de lo real. Si se atreve».

Él: «Siempre en su propio universo, los vive con la intensidad y curiosidad absorbente con lo que lo hace todo. 'Tras la realidad' es el intento de poner orden en el caos de las acciones hechas, de redimirse por lo no hecho, de buscar una segunda oportunidad sabiéndola inútil, pero necesaria para seguir viviendo».

Intenciones: «Meterse en la piel de los más vulnerables: los hijos. De los que están cerca y pueden hacer algo para evitar lo que, por lo general, nadie evita, quienes ven el deterioro: los familiares, los amigos. Los que piensan que igual no es tan urgente. No es fácil calibrar el peligro cuando sucede entre cuatro paredes, invisible. No es fácil enfrentarse a estas situaciones. La sociedad, los medios para frenarlo, siempre saturados y a destiempo. Situaciones complicadas. Cada una es un mundo».

Monzón no busca «ni juzgar ni acusar, de hecho, jamás se cuenta directamente lo que sucedió. Lo que quiere es meterse en la mente de dos personas cercanas al drama diario: el hijo, la amiga y familiar. Quiere que se sepa cómo se sienten después, cuando ya no se puede solucionar nada: la culpa, el desarraigo, la pena, la negación... Estos dos personajes tienen sus mundos propios, un entramado social y emocional desde donde evolucionan y se mueven. La violencia tiene muchas manifestaciones y el silencio es una de ellas. Un silencio que puede venir del miedo, de la cobardía, del egoísmo, de la propia ceguera. Todos estos silencios están en una novela hecha de lo que no se dice. De silencios». El contraste de los dos mundos, niño y madre, «ayuda a meterse en una situación que se irá mostrando poco a poco, sin surgir del todo. Es ese vislumbrar lo que jamás se ve, oír esos silencios, lo que 'Tras la realidad' busca».

Tras la realidad  
Eva Monzón Jerez



## Tras la realidad

Eva Monzón

Extravertida Editorial, 200 páginas  
18 euros